

# DR. JO

Allí donde ninguno de los inspectores del Departamento de Salud se atrevió a entrar, entre la calle 34 y la 59, entre el Hudson y la Octava Avenida. En ese infierno en plena isla de Manhattan, donde nada ni nadie parecía importar, un día, un año después de arrancar el nuevo siglo, sucedió un milagro. Envuelta en un traje gris, camisa blanca y corbata llegó la salvación. Su nombre, Dr. Jo.

Escrito por **Patricia Rodríguez** / Ilustrado por **Emma Gascó**



Los barrios bajos de Nueva York, donde las familias de inmigrantes irlandeses habían encontrado su refugio trabajando en los muelles del río Hudson, eran los grandes olvidados de la ciudad. Ni el alcalde Van Wyck ni los jefes de las bandas mafiosas que controlaban las calles de *Hell's Kitchen* tenían la más mínima preocupación. Cada día morían cientos de niños, bebés casi recién nacidos, mientras que los propios responsables de velar por su seguridad pasaban de puntillas por el asunto, intentando justificarse a sí mismos diciendo que era algo inevitable, que eran cosas de la naturaleza, cosas que pasan.

No era así para Jo.

Sara Josephine Baker había visto muchas cosas en tan solo tres meses de residencia después de su paso por la Escuela de Enfermería de Nueva York. Las mujeres de finales del siglo XIX no tenían muchas opciones para hacer la residencia en los Estados Unidos. No era apropiado que una mujer tratara a un hombre, así que Jo vio su única alternativa en el Hospital para Mujeres y Niños de Nueva Inglaterra, en Boston. En realidad, pasó esos meses en una de las clínicas del hospital en la calle Fayette, una de las peores zonas de la ciudad. La gente que pasaba por allí siempre estaba muy enferma y la mayoría de ellos estaban cubiertos de mugre y suciedad. En la clínica, Jo descubrió lo que los libros nunca le habían enseñado: que las horribles imágenes de enfermedades que contenían en su interior en la realidad se traducían en un gran sufrimiento. **Aquellos libros nunca le habían enseñado cómo tratar el dolor de las familias y no contaban algo muy evidente para ella: la inevitable conexión entre la pobreza y la enfermedad. Algo que le marcaría para siempre.** Por eso, Sara Josephine Baker sabía que las

muertes de esos niños en las calles malolientes del peor Manhattan se podrían evitar. Cuando comenzó a trabajar en el Departamento de Higiene Infantil como inspectora médica de la ciudad de Nueva York, más de cuatro mil quinientas personas en el distrito morían cada semana de cólera, disentería, viruela, tifus y otras enfermedades. Un tercio eran recién nacidos. Jo subía escalera tras escalera en cada bloque de viviendas, llamaba puerta tras puerta, se encontraba un borracho tras otro, madres que no habían tomado un baño en semanas y bebés moribundos en cada uno de los insálubres apartamentos.

La viruela era otro de los problemas de aquella gente. La vacuna para la viruela ya existía pero la mayoría de estas personas ni tan siquiera podían permitirse ir al médico para ponerse la vacuna. Jo pensó que si los pacientes no podían ir al médico, el médico tendría que ir a los pacientes. Así que con su maletín se paseó por las cloacas de la ciudad para repartir vacunas entre la gente. Incluso tenía un truco para esos hombres que vivían prácticamente en la calle y ni por asomo permitirían que les tratase una mujer. Con su traje gris, su corbata y sus gafas, Jo esperaba a que esos cabezotas se tomaran unas copas de más y se quedaran dormidos en las aceras. Entonces, Jo aprovechaba para abrir su maletín e inyectarles la vacuna antes de que pudieran darse cuenta.

En el año 1908, durante su primer verano como inspectora de salud, morían mil quinientos niños cada semana, la mayoría de infecciones. Todos los días Jo podía ver funerales en las calles, madres llorando porque sus bebés habían muerto.



**[Siempre con su traje gris, su corbata y sus gafas. Siempre compartiendo su vida con quien quiso, su gran amiga y compañera Florence Loughton y sus inseparables compañeras o amantes, qué más da eso, Ida A. R. Wylie y Louise Pearce. Con ellas compartió sus últimos días en la ciudad de Nueva York, sabiendo que había convertido a la ciudad, al país, al mundo entero, en un lugar mucho más seguro para todos]**

En Nueva York, uno de cada seis bebés moría antes de cumplir un año de edad. Jo estaba frustrada. Sus colegas estaban obcecados en tratar la enfermedad pero ella creía que la única oportunidad que tenían esos bebés era la de evitar caer enfermos. La mayoría de esas familias estaban sumidas en la pobreza y ni siquiera podían pagar la consulta de un médico, ni comprar medicinas. Su mejor baza era la prevención, algo que no preocupaba en absoluto a los médicos de Nueva York.

Jo comenzó a hablar con las madres para que empezaran a hacer las cosas de otra manera. Les dijo que sacaran a sus niños a dar un paseo y que les bañaran todos los días. Eso en una época en la que la gente *decente* solo se bañaba una o dos veces por semana. Dirigió un equipo de enfermeras que iban de puerta en puerta enseñando a las madres el valor de la nutrición, la limpieza y la ventilación de la casa. La doctora Baker o, como la llamaban algunos por su masculina forma de vestir, Dr. Jo instaló puestos donde se regalaba leche pasteurizada. Ella promovió las inspecciones médicas a escolares para prevenir las enfermedades contagiosas e insistió en que cada escuela necesitaba su propio médico y enfermera. La doctora Baker estableció también un sistema para formar adecuadamente a las comadronas, inventó una fórmula simple de leche para bebés que las madres podían mezclar en casa y planeó un club para chicas jóvenes donde enseñarles cómo cuidar adecuadamente a sus hermanos menores. En resumen, estableció un programa integral de atención médica para la prevención de enfermedades en los niños. Su objetivo: intentar prevenir la enfermedad en lugar de esperar a tratarla después de que se hubiera desarrollado.

Dr. Jo se mezclaba como nadie entre la gente, confiaban en ella y eso le permitía observarles atentamente. Se dio cuenta de que, en general, las madres suministraban rutinariamente a sus hijos unas gotas de nitrato de plata en los ojos para prevenir la ceguera por gonorrea. Jo descubrió que las botellas de la solución a menudo se contaminaban o evaporaban, por lo que la concentración de nitrato de plata administrada a los niños estaba en un nivel tan peligroso que causaba la ceguera que pretendía evitar. Jo inventó una solución infalible: cápsulas de cera de abejas, cada una con una dosis de solución suficiente para un ojo. Las cápsulas no podrían contaminarse y las gotas en el interior no podrían evaporarse. El método pronto se utilizó en todo el mundo y la tasa de ceguera en los bebés se desplomó.

Tanto se esforzó Jo en la División de Higiene Infantil que pronto la nombraron directora. En quince años, la ciudad de Nueva York tenía la tasa de mortalidad infantil más baja de cualquier ciudad de los Estados Unidos o Europa y se estima que salvó la asombrosa cantidad de ochenta y dos mil vidas.

Durante ese tiempo, Jo fue sin duda la mayor experta de la época en salud infantil. En 1916, el decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York le pidió que diera una conferencia sobre el tema. Ella estuvo de acuerdo, con una condición: que permitieran a las mujeres inscribirse y asistir a clases, algo que no estaba permitido en esa institución. El decano se negó en redondo. Ni tan siquiera a una a la que llamaran Dr. Jo y vistiera con traje y corbata. Jo, que sabía muy bien lo que se hacía, le dijo muy educadamente que en ese caso, se buscara a otra persona.

Pero no había nadie que dominara el tema como ella y el decano finalmente tuvo que ceder. Como consecuencia, tuvo que abrir el campus al resto de mujeres. **Doble victoria para Jo, ferviente defensora del sufragio femenino y de los derechos sociales de las mujeres. Así, en 1917, Sara Josephine Baker se convirtió en la primera mujer en recibir un doctorado en Salud Pública en los Estados Unidos, pasando a formar parte de la historia de la ciencia.**

La trágica Primera Guerra Mundial había tensado enormemente la economía del país y hacía mella entre la población. Hablando con un periodista del *New York Times* sobre el tema, Jo comentó que los soldados estadounidenses estaban muriendo a un ritmo del cuatro por ciento, mientras que los bebés en los Estados Unidos estaban muriendo a una tasa del doce por ciento, por lo que **era más seguro estar en las trincheras de Francia que nacer en los Estados Unidos.** Estas declaraciones produjeron un gran revuelo que removió conciencias, y gracias a ello, Jo pudo comenzar un pionero programa de comidas escolares en toda la ciudad que se convertiría en un modelo para el mundo entero.

La fama y credibilidad de Jo iban creciendo y fue asumiendo cada vez puestos de mayor responsabilidad. Además, fue representante de los Estados Unidos en el Comité de Salud de la Liga de las Naciones, fundadora de la Oficina

Federal de Servicios de Salud Pública Infantil, miembro de veinticinco sociedades médicas, asesora del Departamento de Salud de Nueva York y presidenta de la Asociación de Mujeres Médicos de Nueva York.

Incluso Francia y Reino Unido le hicieron suculentas ofertas, pero decidió quedarse en su país como subdirectora general de Sanidad Pública, convirtiéndose en la primera mujer en tener un cargo de esa magnitud en el Gobierno Federal.

Sara Josephine Baker, Dr. Jo, tuvo el valor de descender a los infiernos de Nueva York, mirar a los ojos al mismísimo diablo que destrozó innumerables familias en forma de enfermedad, plantarle cara, vencer y ascender a las cumbres médicas del país como la pionera que es.

Siempre con su traje gris, su corbata y sus gafas. Siempre compartiendo su vida con quien quiso, su gran amiga y compañera Florence Loughton y sus inseparables compañeras o amantes, qué más da eso, Ida A. R. Wylie y Louise Pearce. Con ellas compartió su vida y sus últimos días en la ciudad de Nueva York, sabiendo que había convertido a la ciudad, al país, al mundo entero, en un lugar mucho más seguro para todos.

